

---

LA HEREJIA DE EUTIQUES Y LOS ABADES CATOLICOS DE CONSTANTINOPLA Y SUS CERCANIAS <sup>1</sup>

Debemos entrar aquí en algunos detalles acerca del herejia de Eutiques, que causó males infinitos en el Oriente, con el fin de dar á conocer mejor la fidelidad de los monjes que combatieron estos errores, y que, con sus exhortaciones, con sus milagros y su ejemplo, impidieron que una gran parte de los cristianos naufragase en la fé.

Eutiques abrazó desde su infancia la vida monástica, y en 448 ó 449 se gloriaba de haber vivido setenta años en la castidad. Vivía en un monasterio muy inmediato á Constantinopla, de que fué abad, y en donde gobernó á trescientos monjes. Fué elevado á la dignidad del sacerdocio, y su grande humildad le adquirió mucho prestigio en el mundo. Se distinguió también en el concilio de Éfeso, oponiéndose con grande celo á la herejia de Nestorio. Pero los errores de éste le sirvieron de pretexto y de ocasión para sostener los suyos. Decía Nestorio que había dos personas en Jesucristo, así como dos naturalezas, una divina y otra humana. Reconociendo Eutiques la verdad católica, que no admite más que una persona en Jesucristo, sostuvo que no había más que una naturaleza, como si la divina hubiese absorvido la humana, ó se hubiese la una mezclado y confundido con la otra, de tal manera que de esta mezcla hubiese resultado otra tercera. Esta manera oscura y he-

<sup>1</sup> Nicéforo, Teófanos.

rética de explicar el misterio de la Encarnación dió origen á las diferentes ramas en que se dividió su herejia. Pero lo que la caracteriza, y fué como el germen desgraciado de estas ramas, es que creía no haber en Jesucristo más que una naturaleza, y que no podía sostenerse que hubiese dos.

Cayó en este abismo por una ignorancia acompañada de orgullo, pues en la explicación de las sagradas Escrituras seguía su propio sentir, sin hacer caso de las enseñanzas de la tradición y de los santos Padres. Como sus monjes tenían una gran confianza en él, fácilmente los infestó con el veneno de su doctrina, que propagaba entre sus confidentes y amigos. Se le acusa también de haber querido turbar la Iglesia con la funesta ambición de ser obispo, y el eunuco Crisafio, favorito del emperador, y que le amaba y honraba con su protección, quiso deponer á san Flaviano de la silla de Constantinopla para ponerle en su lugar.

Eusebio, obispo de Dorilea, y su amigo, fué uno de los que pretendió imbuir en sus doctrinas; pero no lo permitió, y le demostró su falsedad. Viéndole obstinado y dispuesto á publicarlas, le denunció como hereje á san Flaviano en un concilio que éste había congregado en Constantinopla el año 448. Los Padres del concilio le enviaron á Juan, sacerdote, y á Andrés, diácono, para ordenarle que compareciese; pero respondió que hacía mucho tiempo que tenía resuelto no salir de su monasterio hasta la muerte, y vivir en él como en una tumba. No por esto se durmió; sino que por medio de sus discípulos envió á algunos abades un escrito acerca del misterio de la Encarnación, para que lo suscribiesen, y diciéndoles que no contenía más que la doctrina de los concilios de Nicea y de Éfeso. De esta manera creyó hacerse de partidarios, pero estos abades no quisieron suscribirlo.

El concilio le citó segunda vez por medio de Mamas y

de Teófilo sacerdote, pero en lugar de comparecer, rogó al abad Abraham que fuese de su parte á asegurar á san Flaviano y á los demás Padres, que no tenía otra fé que la de los concilios de Nicea y de Efeso. San Flaviano recibió á Abraham muy bondadosamente; pero le dijo que debia Eutiques presentarse personalmente, y no por medio de procurador: que si en otro tiempo había trabajado contra Nestorio para sostener la fé, debía con más razón desvanecer toda sospecha cuando se le acusaba, y que si era culpable y quería venir á retractarse, no encontraría en el concilio más que padres, hermanos y amigos.

Se le citó por tercera vez, y aprovechó algunos dias de dilación para presentarse al concilio con una buena escolta. Así es que, en lugar de aparecer con la humildad de un suplicante que se retracta y pide gracia, se presentó con la altanería de un hereje dispuesto á sostener sus errores, y que quiere hacerse temible. Iba acompañado de dos oficiales del emperador, de un gran número de sus monjes y de soldados que no le dejaron entrar en la asamblea, sino despues que se les prometió que no se le retendría. Crisofo, su protector, era el que le había proporcionado esta escolta, y había puesto al emperador de su parte.

Eusebio de Dorilea le acusó ante el concilio de enseñar una doctrina contraria á la fé, y Eutiques sostuvo obstinadamente su error. En su consecuencia, fué condenado, y san Flaviano pronunció la sentencia que le privaba de su cargo de abad, y le separaba de la comunión de la Iglesia. Esta sentencia fué suscrita por treinta y dos obispos y veintitres abades, de los cuales dieciseis eran sacerdotes, uno diácono, y los demás simplemente religiosos.

Viéndose condenado Eutiques, dijo al patricio Florente, uno de los oficiales que le habían acompañado, y á quien había permitido el concilio que asistiese al juicio, que apelaba del concilio al Papa. Y en efecto, seis meses ántes

había tenido la temeridad de querer prevenir al papa san León en su favor, escribiéndole que se pretendía renovar en Oriente la herejía de Nestorio, á lo que él se había opuesto. Pero para defenderse más de cerca, sabiendo que Dioscoro, arzobispo de Alejandría, era opuesto á san Flaviano, imploró su protección, haciéndolo de esta manera jefe de su partido. Éste, por mediación de Crisofo, alcanzó del emperador la celebración de un concilio en Efeso, en donde se revocase todo lo hecho en el de Constantinopla. Los abades católicos y los obispos que habían condenado á Eutiques, no fueron convocados á él; pero en su lugar se citó á Barsumas, sectario de Eutiques y abad de un monasterio de Siria, para que ocupase el lugar de todos los demás abades de Oriente. Barsumas era de un carácter impetuoso y adecuado para sostener el error por la violencia. De esta manera había conseguido sublevar á su país contra los obispos católicos y seducir á más de mil solitarios, haciéndoles creer que aquellos favorecían el nestorianismo.

Horroroso es lo que pasó en este falso concilio, que con mucha razón fué llamado el *latrocinio de Éfeso*. Todas las leyes fueron conculcadas en él. San Flaviano murió á consecuencia de los golpes que recibió, y jamás se presentó tan insolente y furiosa la herejía. Pueden verse sus funestas consecuencias en la historia de la Iglesia, hasta que se celebró el concilio general de Constantinopla, en el cual se leyó la admirable carta de la primera Silla, que san León había escrito á san Flaviano sobre el misterio de la Encarnación, carta que se ha considerado siempre como la regla y fundamento de la fé en este punto capital de nuestra religión.

El emperador Marciano, que había sucedido á Teodosio, apoyó con su autoridad los decretos del concilio, y ordenó que los sectarios de Eutiques, y sobre todo los monjes de su

comunidad, fuesen sometidos á penas canónicas. Una vez terminado el concilio, y habiendo concurrido el imperio juntamente con el sacerdocio á la extinción del mal, parecería que todo estaba concluido; sin embargo, no sucedió así, sino que fué tan grande el furor de los sectarios de Eutiques, que turbaron toda la Iglesia de Oriente. Uno de ellos, llamado Teodosio, se apoderó de la silla episcopal de Jerusalem. Otro tanto hizo Timoteo Eluro con la de Alejandría, y tuvo en ella por sucesor á Pedro el Monje, cuya fé no era ménos corrompida. La iglesia de Antioquía fué usurpada por Pedro el Batanero y por el impío Severo.

Habiendo muerto Marciano, le sucedió León, y despues Zenón, que favoreció á los entiquianos. Publicó éste en 482 un edicto artificioso; en el que, bajo pretexto de establecer la armonía entre los católicos y los entiquianos atacaba la autoridad del concilio de Calcedonia, lo que tuvo las funestas consecuencias, de que hemos hablado en la vida de san Sábás y de san Teodosio el Cenobiarca, que tanto trabajaron en la defensa de la fé.

Muchos monjes de Constantinopla la defendieron generosamente desaprobando el *Henótico* de Zenón, como se llamaba el pretendido decreto de reconciliación. Había sido hecho éste á instancias de Acacio, á quién se acusa, no sólomente de haberlo aconsejado, sino de haberlo dictado por sí mismo. Acacio tomó una parte tan activa en la herejía entiquiana, que se hizo protector de Pedro el Monje, falso obispo de Alejandría, lo que obligó á san Cirilo, superior de los ascemetas, á escribir al papa Félix, el cual celebró un concilio en Roma, en donde fué condenado Acacio, que ya lo había sido en otro anterior.

El Papa escribió sobre este asunto á los abades de Constantinopla y de Bitinia, previniéndoles que le enviaba á Tito el Defensor, el cual participaría á Acacio la sentencia de condenación. El emperador Zenón quiso oponerse á

esta misión, y para ello ordenó que fuesen guardados todos los caminos. Pero Tito dió un rodeo, y se dirigió al monasterio de Dia. Los monjes de esta casa sabían muy bién que Acacio no había de recibir la carta del Papa, y la hicieron llegar á su poder, poniéndosela en el palio, con que celebraba los divinos misterios. Esto suscitó una vivísima persecución contra los ascemetas, muchos de los cuales fueron heridos, otros encarcelados, y otros, por último, asesinados, por lo cual la Iglesia los honra como mártires el dia 8 de febrero.

Poco caso hizo Acacio de la sentencia de condenación, é insensible á su deposición, continuó durante toda su vida ofreciendo el santo Sacrificio, y ejerciendo las demás funciones, pues le protegía el emperador Zenón. Los abades Rufino, Hilario y Talasso, que eran sacerdotes, prefirieron separarse de su comunión más bién que de la de Roma. Se cree que el papa Félix escribió á estos abades, á quienes Acacio había pretendido atraer á su partido con promesas, ó forzarlos con amenazas. Muchos monasterios, tanto de Constantinopla como de sus cercanías, se separaron de esta iglesia á causa de la *Henótica* de Zenón, en particular los de Dia, de san Basiano y de santa Matrona, que sufrieron con gozo y resignación el detierro de muchos de sus religiosos. Teofano, que vivía en tiempo de santa Matrona, asegura que ésta, así como sus religiosas, hicieron cosas increíbles con motivo de la *Henótica*. Otra llamada Sofía, no ménos distinguida por la ciencia que poseía en alto grado, que por su virtud y la santidad de su profesión, se hizo célebre por su admirable fortaleza. La iglesia griega hace mención de santa Matrona el 9 de noviembre, y la califica de madre. Surio nos ha trasmitido una vida de esta ilustre Santa en el dia 8 de dicho mes, sacada de Metafraste; pero es evidentemente apócrifa, por lo cual no hablaremos de ella. Bástenos lo dicho por Teofano.

En cuanto á san Basiano, abrazó la vida religiosa en la Siria, y vino á Constantinopla en tiempo del emperador Marciano. Sus virtudes y milagros le hicieron muy estimado de este príncipe, que le edificó una iglesia y un monasterio, en que se reunieron trescientos religiosos. Tenía el don especial de hacer despreciar con sus exhortaciones los placeres del siglo, y sobre todo de convertir á los más grandes pecadores. Llegó á una extrema ancianidad. Los griegos celebran su fiesta el 10 de octubre. Se habla algunas veces de su monasterio, que subsistió mucho tiempo, en la historia y en los concilios.

Hemos dicho que suscribieron veintitres abades el concilio celebrado por san Flaviano en Constantinopla, contra Eutiques. Sus firmas nos dan algunas noticias de los monasterios de esta ciudad y de sus cercanías; pero estas noticias son muy escasas, y sólomente se deduce de ellas, que estos monasterios estaban gobernados por superiores muy ilustrados y celosos de la santa doctrina. Hé aquí los nombres de estos abades, tales como se encuentran sus nombres en las actas del concilio despues de los de los obispos.

1° Andrés, sacerdote y archimandrita, suscribió la deposición de Eutiques por mano del sacerdote Timoteo.

2° Fausto, sacerdote y archimandrita, que se cree ser el hijo de san Dalmacio, de quién hemos hablado.

3° Martín, sacerdote y archimandrita, del monasterio de san Dionisio, suscribe por medio de uno de sus monjes llamado Felipe.

4° Manuel, sacerdote y archimandrita.

5° Pedro, sacerdote y archimandrita del monasterio del bienaventurado Talasso, suscribe por medio del monje Teodoro.

6° Job, sacerdote y archimandrita, suscribe por medio de Andres, su diácono.

7° Antioco, sacerdote y archimandrita del monasterio del bienaventurado Teocteno.

8° Abraham, sacerdote y archimandrita, se cree ser el mismo, cuyo monasterio subsistía en Constantinopla en 536.

9° Teodoro, monje y archimandrita.

10° Otro Teodoro, sacerdote y archimandrita del monasterio de los Egipcios.

11° Picacio, sacerdote y archimandrita de la basilica de los Infantes.

12° Flaviano, archimandrita del monasterio de san Hermilo.

13° Eusebio, sacerdote y archimandrita del monasterio de Elías.

14° Eusebio sacerdote y archimandrita del monasterio de san Eulogio, suscribe por medio de Teodulo, su diácono.

15° Trifón, archimandrita.

16° Jacobo, diácono y archimandrita del monasterio de los Sirios, suscribe por medio de su monje Zotico.

17° Elpidio, sacerdote y archimandrita.

18° Pablo, sacerdote y archimandrita de Eteria.

19° Caroso, sacerdote y archimandrita, es diferente de otro Caroso, discípulo de Eutiques, que rehusó en un principio condenarle, y más tarde se arrepintió.

20° Astero, sacerdote y archimandrita del monasterio de san Lorenzo.

21° Calicino, monje y archimandrita del monasterio de Teodoto.

22° Germán, sacerdote y archimandrita, suscribe por medio de Glicerio, su diácono.

23° Marcelo, de quién hemos hablado en el capítulo precedente, suscribe el último, y se dice ser el menor de los sacerdotes.

Había también en Constantinopla el monasterio de san Ciriaco, fundado por Gratisimo, gran chamberlán del emperador, el cual no se contentó con fundarlo, sino que tomó el hábito religioso, sin dejar de cumplir las funciones de su cargo. Hallábase este monasterio fuera de la Puerta Dorada, y en la ciudad había otros bajo la misma advocación de san Ciriaco. El ejemplo de Gratisimo, que, sin dejar su cargo, vistió el hábito religioso, no fué solo; pues Bingomalo ó Vincomalo, fué investido por san Basiano con el hábito monástico, y continuó asistiendo al senado. Iba acompañado de gran número de personas, que querían honrarle, y le hablaban de los negocios en que entendía: pero cuando regresaba al claustro, volvía á tomar su hábito, y trabajaba en la cocina, en el establo ó en los oficios de la comunidad que se le encomendaban.

En 468, edificó el emperador León fuera de la ciudad un monasterio para los discípulos de san Daniel Estilita, con una iglesia dedicada á san Simeón Estilita, á donde Gennadio llevó solemnemente algunas reliquias de este Santo. En 536 había también un monasterio de san Simeón, llamado Ciracono.

---

#### SAN AUXENCIO, SACERDOTE Y ABAD EN BITINIA.

La vida de san Auxencio fué escrita por un solitario, que, al perecer, pertenecía á su monasterio, pues le llama su padre. Hay en ella muchas cosas de uno de sus discípulos que heredó su caverna, y su relación no la han creído sospechosa ninguno de los mejores críticos. La damos según Hensquenio. Sozomeno hace también grandes elogios



Tomé 6.

Saint Auxent